

FORMACION DE CATEQUISTAS
“DIME QUE CATEQUISTAS TIENES Y TE DIRE LA CATEQUESIS QUE HACES”.

Ningún cristiano debería decir que está suficientemente preparado para dar razón de su fe. Continuamente tenemos que profundizar en la Palabra de Dios, acudir a los documentos de la Iglesia para saber cómo responde ella a las cuestiones más actuales. También la vivencia de la fe a través de la oración y los sacramentos y de determinadas experiencias socio-económicas son medios de formación.

Preparar bien nuestras catequesis

El poseer una buena formación cristiana y catequética, no excluye la necesidad de preparar bien nuestras catequesis. Tampoco el ser catequista desde hace algunos años y tener mucha experiencia práctica. Todo eso mejora nuestra acción, pero cada catequesis exige un rato de oración y elaborar el tema de acuerdo a la edad e intereses del grupo.

En la elaboración del tema debe conseguirse este triple objetivo: breve, claro y ameno.

— Breve:

El catequista tiene que hablar poco y hacer que el grupo hable.

— Claro:

El catequista tiene que sintetizar en una idea fundamental lo que quiere decir y ponerla al alcance de la madurez del grupo. A la claridad de pensamiento tiene que ir unida la claridad de expresión.

— Ameno:

El catequista ha aprendido en el Evangelio el modo de enseñar de Jesús y, con frecuencia, usa las comparaciones, las parábolas, los ejemplos, las historias..., así establece una relación inmediata entre la Palabra y la vida, entre la verdad que comunica y las actitudes que provoca en cada uno. Esta relación es la que hace amena la catequesis, porque' interroga vitalmente.

El diálogo elemento indispensable

La metodología catequética es muy variada. Un mismo tema se puede transmitir de diversos modos y distintos lenguajes. Se puede decir a través del gesto, la imagen, de los signos... se puede tomar como punto de partida de la experiencia humana, la Palabra Dios, la observación de la naturaleza... Utilizar un único método no es lo ideal, se corre el riesgo de la pasividad, de la rutina, de la falta de interés..., pero, en cualquier método que se emplee tiene que estar presente el diálogo.

Un diálogo que debe tender a ser expresión de toda la persona: revelación de la comprensión intelectual, de la aceptación de la voluntad, del compromiso vital, de la experiencia de fe que el tema desarrollado ha despertado en cada uno.

Un diálogo que implica capacidad de escucha, de acogida, de interiorización. En sí mismo, el Mensaje cristiano es interpelador, reclama atención interior y respuesta, por eso, hay que valorar lo mismo la participación activa que el silencio.

Es muy importante que el catequista no acapare el diálogo haciendo demasiado uso de la palabra o dirigiendo e interpretando continuamente el pensamiento de los otros. El escuchar con atención le ayudará a evaluar el aprendizaje, el grado de asimilación. Sobre todo podrá darse cuenta si el grupo ha sabido distinguir lo esencial y lo accesorio. Este dato es fundamental cuando se trata de catequesis infantil.

El canto no es un recurso de enganche

A los niños, y también a los grandes, les gusta cantar. En alguna ocasión se podrá recurrir al canto para atraer, emular o gratificar al grupo, sin embargo, el canto deberá ser, por sí mismo, catequesis. El catequista tiene que procurar que las canciones tengan alguna relación con el contenido del mensaje que él ha querido transmitir.

Y antes de aprender la música, pondrá empeño en la interiorización de la letra. De este modo el grupo se sentirá unido por una misma vivencia al cantar. La música da más posibilidad de comunicar los sentimientos que la sola palabra, por eso, a través de la canción se puede lograr un lenguaje más completo, pero es necesario que la selección del repertorio se haga con criterios catequéticos. Siempre será un instrumento útil para crear un clima de unidad y silencio.

El fin de la catequesis tiene que prevalecer sobre cualquier medio.

En la catequesis no puede estar ausente el carácter festivo de la fe, como expresión de auténtica alegría. La fiesta catequética debe buscar tanto la dimensión celebrativa de la fe —que se centra principalmente en la Eucaristía—, como la dimensión social que necesita compartir y crear amistad.

Las ocasiones para hacer fiesta no faltan. Generalmente irán unidas a las que la liturgia celebra para que no se disocien las dos dimensiones.

Navidad, Pascua, Pentecostés, la celebración de sacramentos, el fin de curso catequético... son siempre motivos para un encuentro gozoso.

En el número 44 de la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, se nos dice que la catequesis es un arte. Ciertamente es una misión confiada por Cristo a su Iglesia, una misión esencial e insustituible pero también, es un arte, con todo lo que entraña esta palabra. Cada vez somos más conscientes de que el catequista no es simplemente un hombre de buena voluntad que enseña las verdades de fe a un grupo de niños más o menos numeroso. La transmisión del Mensaje de Salvación y la maduración en la fe exige todo lo que lleva consigo el arte: vocación, cultivo personal y preparación adecuada.

+Ángel Rubio Castro
Obispo de Segovia